

26 de diciembre – Fiesta de San Esteban, el Primer

Mártir - Hechos 6,8-10; 7,54-59; Mateo 10,17-22

“Del Pesebre a la Cruz: Testimonio de Fe y Perdón”

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, una enfermera cristiana en Oriente Medio fue llamada por su supervisor para que se quitara la pequeña cruz que llevaba colgada al cuello. “Podría ofender a alguien”, dijo él. Ella sonrió y respondió: “No es para ofender, me recuerda a quién sirvo”. Ese simple acto le costó un trabajo cómodo, pero ella mantuvo su cruz puesta.

Hoy, mientras nos reunimos al día siguiente de la Navidad, la Iglesia nos invita a recordar a otro servidor que llevó su cruz con valentía: San Esteban, el primero en morir por Cristo. Desde Belén hasta el martirio, el mensaje es uno: el amor que nació en un pesebre es un amor lo suficientemente fuerte como para perdonar incluso a los enemigos.

Celebremos esta Eucaristía con gratitud por el testimonio de Esteban, rezando para que el mismo Espíritu nos dé fuerza para vivir nuestra fe con valentía y amor.

HOMILÍA

Hace algunos años, una joven enfermera cristiana en un hospital del Medio Oriente recibió la orden de quitarse la pequeña cruz que llevaba al cuello.

“Podría ofender a alguien”, le dijo su supervisor.

Ella sonrió suavemente y respondió:

“No es para ofender, me recuerda a quién sirvo.”

Esa noche, fue trasladada a una sala más difícil, pero mantuvo su cruz puesta. En silencio, con valentía y gracia, dio testimonio de Cristo.

Hoy, al día siguiente de la Navidad, celebramos a alguien que hizo lo mismo: San Esteban, el primero en dar su vida por Cristo. Puede parecer extraño que la Iglesia pase del pesebre al martirio tan rápidamente. Ayer vimos la ternura de Belén; hoy escuchamos sobre piedras y sangre. Pero la Iglesia coloca a Esteban aquí para recordarnos que el niño del pesebre y el hombre en la cruz son el mismo. Sin la cruz y la resurrección, la Navidad sería solo una historia dulce pronto olvidada.

Esteban fue uno de los primeros diáconos: fiel, sabio y “lleno de gracia y poder”. Cuidaba de las viudas y los

pobres, y hablaba con tanta verdad que sus palabras atravesaban corazones endurecidos. Como Jesús, fue falsamente acusado, llevado ante el concilio y condenado. Y como Jesús, perdonó a sus enemigos: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado”.

Esteban nos enseña que la alegría de la Navidad no es un sentimentalismo frágil; es la alegría de saber que el amor de Dios es más fuerte que el odio, más fuerte que la muerte. El Niño Jesús nació en un mundo que un día lo crucificaría, y aun así vino. La luz que brilló sobre Belén un día brillaría sobre el Calvario.

Hace algunos años, un sacerdote misionero que trabajaba en un pueblo remoto de África fue atacado durante un período de disturbios. Su pequeña capilla fue incendiada, su casa saqueada. Cuando terminó la violencia, regresó y comenzó a reconstruir, no primero la casa, sino la capilla. Un vecino le preguntó: “¿Por qué empezar por la capilla si no tienes techo donde dormir?”

Él sonrió y respondió: “Porque la gente debe ver que la fe permanece, incluso cuando todo lo demás se derrumba.”

Ese es el espíritu de Esteban: la fe que reconstruye, perdona y se mantiene firme cuando el mundo a su alrededor se desmorona.

En nuestro mundo, nadie nos apedreará por nuestra fe, pero podemos ser golpeados por las piedras de la indiferencia, la burla o el rechazo.

La mueca de un compañero, el sarcasmo de un colega, la frialdad de la sociedad: todo esto puede herir profundamente. Sin embargo, en estas pequeñas pruebas estamos invitados a estar junto a Esteban y dar un testimonio suave y valiente de Cristo.

Esteban vio el cielo abierto y a Jesús de pie a la derecha de Dios, no sentado, sino de pie, como para recibir a su fiel servidor. Ese mismo Señor está listo para fortalecernos con Su Espíritu cada vez que nos sintamos solos o temamos confesarlo.

Un cristiano perseguido escribió una vez: “No pedimos una vida más fácil, solo corazones más fuertes.” Ese es el espíritu de Esteban.

Un niño le preguntó a su abuela: “¿Por qué Jesús permitió que apedrearan a Esteban si lo amaba tanto?”

La abuela reflexionó un momento y dijo:

“Porque a veces el amor no nos salva del sufrimiento, sino que camina con nosotros a través de él. Y cuando Esteban levantó la vista, vio que Jesús no estaba lejos, sentado en el cielo. Estaba de pie, esperando darle la bienvenida a casa.”

Eso es la Navidad llevada a su plenitud: el Dios que desciende para estar con nosotros, que está a nuestro lado en el sufrimiento y nos eleva a la gloria. Amén.

Fiesta de la Sagrada Familia – Año A – 2025

Siráclide 3,2–6.12–14; Colosenses 3,12–21; Mateo 2,13–15.19–23

“Del Ideal a la Realidad: Dios Habita Donde Vive el Amor”
INTRODUCCIÓN

Un padre me dijo una vez: “Cuando mis hijos eran pequeños, pensé que debía hacer que nuestra familia fuera perfecta.

Ahora que son mayores, me he dado cuenta de que Dios nunca pidió perfección, solo presencia.”

Él había descubierto lo que la Sagrada Familia nos enseña: la santidad no crece en hogares impecables, sino en corazones fieles.

Hoy, en plena semana de Navidad, celebramos que Dios eligió habitar en una familia ordinaria, un hogar con risas y trabajo, viajes y miedo, malentendidos y amor.

Jesús aprendió a caminar, hablar, rezar y confiar bajo el techo de María y José.

Pidamos que nuestros hogares también puedan convertirse en Nazaret: lugares sencillos y amorosos donde Dios se sienta en casa.

HOMILÍA - “Del Ideal a la Realidad: Dios Habita Donde Vive el Amor”

Cuando escuchamos las palabras “Fiesta de la Sagrada Familia”, ¿qué imagen nos viene a la mente?

Quizá la imagen conocida de tarjetas y pinturas de altar: María cosiendo junto a la ventana, José planeando en el taller, y el Niño Jesús ayudando con una sonrisa serena, todo bañado en luz dorada.

Es una imagen hermosa. Pero cuanto más se mira, más se desprende la pintura.

Porque la vida familiar real —la nuestra, e incluso la de Jesús, María y José— no es un cuadro idealizado. Es real, desordenada, hermosa, dolorosa y llena de sorpresas.

Cuando la Iglesia estableció esta fiesta hace poco más de un siglo, no fue para romantizar una familia perfecta. Quiso recordarnos que Dios se hizo parte de una familia ordinaria para que toda familia humana, en toda su complejidad, pueda encontrar esperanza.

1. La Sagrada Familia No Era Una Familia Ideal

Pensemos por un momento en lo que realmente vivió esa primera “familia santa”:

- Una joven embarazada antes del matrimonio.
- Un hombre luchando por comprender y creer un sueño.
- Un niño nacido en un establo porque nadie los recibía.
- Una familia refugiada huyendo a Egipto por su vida.
- Más tarde, un niño perdido tres días en Jerusalén, con padres buscándolo frenéticamente.
- Un hijo incomprendido, incluso por su familia.
- Una madre de pie bajo la cruz.

Esa no es una imagen dulce; es la vida. Esa es nuestra vida.

Y por eso esta fiesta importa.

Un anciano me dijo: “Padre, nuestra familia no es perfecta, pero cuando comemos juntos, reímos un poco y nos perdonamos antes de dormir, eso ya es un milagro.”

Esa es la santidad que Dios ve. La vida familiar no es perfección, es amor que sigue intentando.

2. Familia: Muchos Rostros, Un Amor

Hoy, la “familia” tiene muchos rostros: familias tradicionales, familias ensambladas, padres solteros,

hogares de acogida, y comunidades de fe. Familias marcadas por divorcio o pérdida, por distancia o diferencias.

Pero donde hay amor fiel, perdón y pertenencia, allí hay familia —y Dios está presente.

Hace algunos años, Caritas Alemania publicó una serie de fotos sobre “familias inesperadas”:

- Una pareja adinerada con su único hijo, pero el niño parecía solitario.
- Una madre empujando la silla de ruedas de su madre anciana.
- Un grupo de jóvenes punk sosteniendo un bebé en mantas rosas.

Al principio, la gente se sorprendió. Pero el mensaje era claro: donde el amor y la responsabilidad se encuentran, allí hay familia.

La Sagrada Familia no fue diferente. Enfrentaron tensiones, pobreza, desplazamiento, malentendidos, y Dios habitaba en medio de ellos. Su santidad venía no de la perfección, sino de la presencia.

3. Sueño y Realidad – El Valor de José

Y luego está José, soñador y hacedor.

Cuatro veces, Mateo nos dice que escuchó la guía de Dios en sueños:

“No temas recibir a María.” “Huye a Egipto.” “Vuelve a Israel.” “Estableceos en Nazaret.”

Cada vez, José despertaba y hacía lo que Dios pedía.

A veces, la fe significa levantarse y hacer lo difícil.

Un padre que conocí perdió su trabajo, pero no se rindió.

Cada mañana preparaba los almuerzos de sus hijos y decía: “Un día Dios abrirá otra puerta.” Años después me dijo: “Padre, ese fue mi Nazaret. Aprendí a confiar en la obra silenciosa de Dios.”

José nos recuerda que la fe no es escapar de la realidad, sino encontrar la voz de Dios en ella.

4. Consagrando Nuestras Familias a Dios

En el Evangelio de hoy, María y José llevan al niño Jesús al Templo para consagrarlo al Señor. No lo guardan para sí, sino que reconocen que pertenece primero a Dios.

Eso es lo que hace santa a cualquier familia.

Padres que confían a sus hijos a Dios, que los educan no

para poseerlos sino para guiarlos, siguen el ejemplo de María y José.

Todo niño es primero hijo de Dios. Todo hogar debe ser un lugar donde ese don divino sea apreciado y protegido. Como Simeón, también “esperamos la salvación del Señor.”

Como Ana, estamos llamados a “hablar a todos sobre este niño.”

Nuestra misión como familias cristianas es hacer visible a Cristo, no solo con palabras, sino en gestos cotidianos de paciencia, perdón y compasión.

5. Una Carta de San Pablo – Si Escribiera Hoy

Si San Pablo pudiera escribirnos una carta para esta fiesta, quizá diría:

“Compañeros, sométanse unos a otros por amor.

Padres, no exasperen a sus hijos, sino anímenlos.

Hijos, respeten a sus padres y no den por sentada su atención.

Sobre todo, vístanse de compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia.

Perdónense unos a otros como el Señor los ha perdonado. Y que la paz de Cristo gobierne sus corazones.” No son mandatos anticuados; son una invitación viva a respeto mutuo, sacrificio compartido y perdón que mantiene unida a la familia.

6. Los Años Ocultos – Donde Crece la Santidad

La mayor parte de la vida de Jesús no transcurrió en milagros ni en ministerio público, sino en los años tranquilos de Nazaret: aprendiendo, creciendo, ayudando, amando.

Los “años ocultos” nos recuerdan que la santidad nace en lo ordinario: lavando platos, rezando antes de dormir, trabajando tarde por otros, perdonando antes de dormir.

Una madre me dijo: “Padre, nunca predico, nunca viajo, nunca hago grandes cosas, pero todos los días preparo el desayuno y rezo por mis hijos. ¿Eso es suficiente?”

Sonréí y dije: “Eso es Nazaret. Y Nazaret es donde Dios se deleita en habitar.”

7. Jesús a Nuestro Lado

Tal vez tu vida familiar se sienta frágil, o tu hogar esté marcado por distancia, tensión o dolor.

Recuerda: Jesús está a tu lado. El niño que huyó a Egipto, que trabajó en Nazaret, que lloró en Jerusalén, conoce toda la gama de la vida familiar humana.

Y susurra la misma promesa que dio a José y María: "Yo estoy con ustedes."

Cuando el amor humano flaquea, el amor divino sostiene.

Cuando las familias se rompen, Dios nos reúne en su familia más grande, la Iglesia, donde estamos llamados a apoyarnos y fortalecernos mutuamente.

CONCLUSIÓN: Ser una Bendición

La Fiesta de la Sagrada Familia no es nostalgia de algo que nunca existió.

Se trata de convertirse en bendición para los demás, sea cual sea la forma de nuestra familia.

Se trata de dejar que el espíritu de la Navidad —Dios hecho carne en el amor— transforme nuestra vida juntos.

Quizá esta noche, como pequeño gesto, hagan la señal de la cruz sobre las manos de los demás y digan:

"Que Cristo habite en nuestro hogar. Que el amor guíe nuestros corazones. Que la paz reine entre nosotros."

Porque la santidad comienza no en la perfección, sino en la presencia.

No en el ideal, sino en lo real.

Y en cada familia real y amorosa —aunque imperfecta— Dios hace su hogar. Amén.

31 de diciembre — 7º DÍA DE LA OCTAVA DE NAVIDAD

1 Juan 2,18–21; Juan 1,1–18

“El Verbo Se Hizo Carne: Del Final al Comienzo”

INTRODUCCIÓN

Un viajero se sentó una vez junto al mar en la última noche del año, observando cómo las olas rompían contra las rocas. Se dijo a sí mismo: “Cada ola viene y se va, pero el mar permanece.”

Esta noche, al terminar el año, somos como ese viajero. Vemos las olas del tiempo —alegrías y penas, éxitos y fracasos— levantarse y caer ante nosotros. Pero hay algo que permanece constante: el amor eterno de Dios, que entró en el tiempo en Jesucristo.

San Juan nos recuerda: “Hijitos, es la última hora.” Sí, el tiempo vuela, pero Cristo sostiene el tiempo en Sus manos. Al reunirnos en esta última noche del año, demos gracias por Su luz que nunca se apaga y pongamos nuestro año venidero en Su cuidado.

HOMILÍA

Un maestro dio una vez a sus alumnos una vela y les pidió que caminaran por un salón oscuro. “No pueden detener la oscuridad,” dijo, “pero pueden llevar la luz.”

A medida que este año termina y el reloj pronto marcará la medianoche, también nosotros estamos en la oscuridad del tiempo: sus incertidumbres, sus sombras, sus finales. Pero el Evangelio de esta noche no comienza con un final, sino con un comienzo: “En el principio era el Verbo.”

Las palabras de Juan evocan las primeras páginas del Génesis. Pero a diferencia de la primera creación, donde la luz fue pronunciada a la existencia, ahora la Luz misma ha entrado en el mundo en forma humana. El Verbo se hizo carne —Dios se hizo uno de nosotros— y eso significa que ninguna oscuridad, ni siquiera la muerte o el paso del tiempo, puede extinguir Su luz.

La frase de San Juan esta noche —“Es la última hora”— tiene doble sentido. Sí, es el último día del año. Pero también es la última era de la historia, el tiempo de gracia que comenzó con la venida de Cristo. Cada uno de nuestros días es parte de esa historia sagrada.

Todo lo que hacemos —cada acto de bondad, perdón, paciencia o oración— se vuelve eterno cuando se hace con amor. Nada se pierde a los ojos de Dios.

Incluso nuestros fracasos son reunidos en Su misericordia, mientras Él renueva la creación día tras día.

En el Evangelio escuchamos: “De Su plenitud hemos recibido todos, gracia sobre gracia.”

El año pasado, sin importar cómo haya sido, ha estado lleno de tal gracia. Tal vez no siempre visible, pero real, en cada respiración, en cada reconciliación, en cada vez que encontramos fuerza para comenzar de nuevo.

El Verbo, hecho carne, continúa habitando entre nosotros —en la Eucaristía, en nuestras relaciones, en la fe silenciosa que nos sostuvo.

Por eso, esta noche no es solo un momento para mirar atrás, sino para mirar hacia adelante con confianza:

El mismo Dios que comenzó el año con nosotros caminará con nosotros hacia el mañana.

Una niña, mirando los fuegos artificiales en la víspera de Año Nuevo, susurró: “¡Mira, papá, las estrellas están celebrando!”

Su padre sonrió y dijo: “No, querida, no son estrellas —son nuestras esperanzas que suben al cielo.”

Que nuestras esperanzas se eleven esta noche hacia Aquel que nunca cambia. Porque en Él, cada final se convierte en un nuevo comienzo.

Amén.